

SOBRE LAS MOTIVACIONES ECONÓMICAS Y ESPIRITUALES DE LA EXPANSIÓN EUROPEA (SIGLO XV)

Abel Ignacio López Forero
Profesor del Departamento de Historia de la Universidad Nacional

1. MOTIVACIONES ECONÓMICAS

El descubrimiento de América y la expansión portuguesa por las costas de África fueron, en primer lugar, el resultado de la búsqueda de nuevas rutas para viejos productos: los de la especiería y los objetos de lujo.

a. Especies

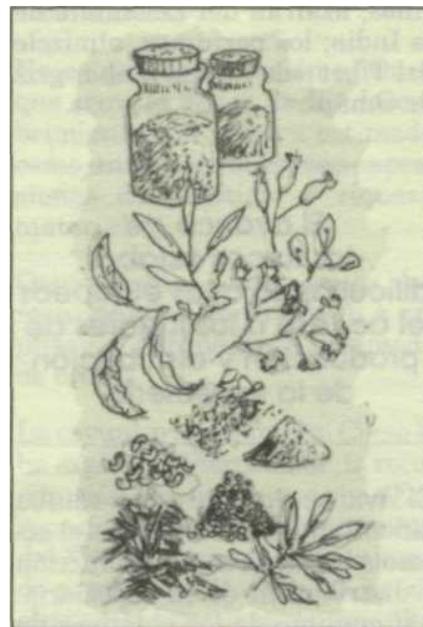
Hubo en el siglo XV un aumento de la demanda de mercancías asiáticas. Las especias eran necesarias para la conservación de la carne. Hubo un aumento del consumo de carne, sobre todo en el norte de Europa.

Del siglo XV —escribe Kristoff Glamman— tenemos muchas pruebas de que se la consumía no sólo en la mesa del rico sino también de las enormes raciones con que solían atracarse los trabajadores del campo, los em-

pleados, los criados y otros. Eso es lo que está probado respecto del norte de Europa; en el sur, en cambio, parece que el consumo de carne fue a escala más modesta¹.

La sal, proveniente de Portugal, era el preservador más común. La otras especias se producían en los países tropicales. Las especias eran también necesarias en la farmacopea y utilizadas como estimulantes y afrodisíacos.

Entre los productos asiáticos se pueden mencionar: la pimienta, especia más común, se obtenía en la India (en la costa de Malabar) y era usada como condimento y en las cataplasmas; el jengibre de China, de Arabia y de la India, empleado como aromática; la canela de China y Ceilán, usada como tónico, estimulante y astringente; la nuez moscada, de Célebes y de las Molucas (que comprende las islas Tidore, Ternate, Amboima y



Banda), empleada en la preparación de salsas y para los dolores de estómago; el clavo se obtenía en las Molucas y era usado en los manjares y en las bebidas aromáticas. Asimiladas a las especias estaban las purgas, base

¹ Glamann. Kristoff, "El comercio europeo (1500-1750)", en Cario Cipolla, ed., *Historia económica de Europa. Siglos XVI y XVII*, Barcelona, Editorial Ariel. 1979, p. 365.

de la medicina galénica: pulpa de cañafístula de Egipto, maná de Persia, scamonea de Siria. Hay que mencionar otras plantas con propiedades diversas: el alcanfor de Sumatra y China, un antiespasmódico y estimulante; costo del Valle del Indo, que era un tónico; raíz de galanga de China, antiescorbútica. Para completar la lista de mercancías de Oriente hay que referirse a la seda de China, la tela de algodón hindú, las piedras preciosas de varias clases: esmeraldas y diamantes de la India, rubíes de Ceilán y perlas del Golfo Pérsico. Por último, los tintes para los tejidos, escarlata o cochinilla de Armenia, rubia de Arabia, palo brasil de la India y Ceilán; el azul, índigo de Bagdad; los amarillos, azafrán del Levante o de la India; los perfumes, almizcle del Tíbet o de China, ámbar gris de Omán².



El emir Osma u Otmán, perteneciente a las tribus turcas que en el siglo XIII ante el empuje mongol, se habían establecido entre Siria y el Asia Menor, fundó a principios del siglo XIV el imperio otomano y dirigió la primera expansión que para la fecha de su muerte, 1326, había llegado a toda la península de Anatolia. Los otomanos, animados por un espíritu de guerra santa, favorecidos por la debilidad militar del imperio bizantino, fueron ocupando una tras otra las mayores plazas bizantinas (Brussa en 1326; en 1327 Nicomedia, a orillas del mar Mármara; en 1354 construyeron una plaza en Galli-poli) y fueron extendiendo su influencia a Europa suroriental. Las dificultades espirituales y políticas que vivía Europa en el siglo XIV impidieron una respuesta unificada y rápida al Islam turco otomano. El papado, en otros tiempos promotor de la cruzada, vivía su mayor crisis de

credibilidad: entre 1378 y 1417 hubo primero dos papas y después tres papas a la vez. Francia e Inglaterra enfrentaban un prolongado conflicto, la Guerra de los Cien Años, la cual además involucraba directamente a los reinos de Aragón y Castilla. El imperio germánico acentuaba su fragmentación política al quedar establecido mediante la *Bula de Oro* (1356) el carácter electivo del cargo imperial.

En el siglo XV los turcos otomano-yos ya habían ocupado la península balcánica, el Peloponeso, el Epiro, Albania, Valaquia (en Rumania), Vostia (en Yugoslavia), islas del Egeo y del Mediterráneo oriental. El mayor éxito lo obtuvieron en 1453 al apoderarse de Constantinopla, dando fin al imperio bizantino. En 1480 llegaron hasta Otranto (sur del mar Adriático) y estuvieron a punto de ocupar Rodas. Por esos mismos años sus incursiones y saqueos llegaban a Car-niola, Carintia y Estiria, posesiones territoriales de los Habs-burgo en el imperio alemán.

De los italianos, los comerciantes genoveses fueron los más perjudicados con la expansión turca y la caída de Constantinopla puesto que aquéllos tenían su centro de intercambio en las islas del mar Egeo y en el mar Negro. Allí obtenían el alumbre (valiosa materia prima utilizada para desgrasar la lana y fijar el color de los paños), las materias primas colorantes y la madera. Para compensar las pérdidas, los genoveses buscaron otros mercados y se dedicaron a actividades financieras, lo que lograron hacer con éxito en las

El avance de los turcos estaba dificultando a los europeos el acceso a los lugares de producción y distribución de la especiería.

El avance de los turcos estaba dificultando a los europeos el acceso a los lugares de producción y distribución de la especiería. Así que uno de los objetivos de expansión a ultramar fue el de llegar a las islas situadas al sur de China y a las costas de la India, para no tener que recurrir al intermediario musulmán en procura de las mercancías del Lejano Oriente.

² Esta lista sobre uso y procedencia de la especiería ha sido tomada de Mousnier, Roland. Siglos XVI y XVII, Vol. IV de la *Historia General de las Civilizaciones*, dirigida por M. Crouzet, Barcelona, Editorial Destino, 1967, pp. 59-60, y Parry, John, Europa y la expansión del mundo, México, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 1975, pp. 47-48.

plazas de Sevilla y Cádiz. Las rutas que comunicaban la cuenca del Mediterráneo con el oriente asiático se redujeron prácticamente a la del mar Rojo y a la de la zona controlada por el sultán de Egipto. Cabe agregar que la caída de Constantinopla perjudicó menos el comercio de la pimienta, en poder de los venecianos, cuyos intereses estaban bien al sur de la capital del imperio bizantino, en Siria, en Chipre y en Alejandría.



b. Metales preciosos

La búsqueda de metales preciosos fue otro motivo de la expansión europea de finales del siglo XV.

La economía europea recurría en forma creciente a la moneda metálica. "Desde la compra de pan y ropa hasta el pago de impuestos y pensiones reales, la moneda era necesaria en cantidades cada vez mayores³. Además, los metales preciosos se buscaban para exportarlos al Oriente a cambio de especias, joyas y tintes; allí se destinaban a la decoración de re-

sidencias y palacios de la aristocracia asiática.

No es una exageración afirmar que para la época de los descubrimientos, el oro era estimado como una de las máximas expresiones de prestigio y riqueza material.

La mayor demanda tuvo que ver con el oro. Mientras la plata se utilizaba sobre todo en transacciones locales, el oro, el valor del cual era de ordinario diez veces mayor que el de la plata, era la base de los intercambios a larga distancia. En Europa existían fuentes de aprovisionamiento de plata de fácil acceso; en cambio las minas de oro eran prácticamente inexistentes; sólo había unos cuantos yacimientos de placeres, poco rentables, dispersos y de los cuales se obtenían sólo pequeñas cantidades. Por otra parte, el oro era utilizado no sólo como instrumento monetario; también era un objeto de lujo en la casa de los nobles y necesario en la fabricación de vasos sagrados para los servicios litúrgicos. El usar joyas de oro era un distintivo de rango y de nobleza. Los grupos más ricos de la sociedad disponían de las más variadas joyas: sortijas, collares, medallones que se enganchaban a los vestidos y a los peinados. También los artesanos y los campesinos adornaban sus vestidos con objetos de oro. Algunos campesinos solían llevar placas de oro adheridas a cinturones

hechos de lienzo o de seda. En Milán, en Genova, en Venecia, los hilanderos del oro trabajaban alrededor de las catedrales y de los palacios para los grandes mercados de Occidente; sus productos se vendían en las ferias de Augsburgo, en las de París y en Colonia. En los momentos de escasez y de dificultades, los príncipes y los abades hacían fundir sus vajillas y los artesanos y los campesinos cambiaban las placas de los cinturones por monedas o por semillas para la cosecha. El lujo era, pues, una forma de atesorar y por su alto precio el oro se convertía en una reserva de valor. Este espíritu de suntuosidad inmovilizaba algunas cantidades de metal precioso, a menudo consideradas escandalosas⁴.

No es una exageración afirmar que para la época de los descubrimientos, el oro era estimado como una de las máximas expresiones de prestigio y riqueza material.

Otros hechos, además de los mencionados, contribuyen a explicar el porqué de la búsqueda de oro.

La coyuntura económica. Como lo ha explicado Pierre Vilar, la recuperación económica que vivía Europa después de la segunda mitad del XV hizo disminuir el conjunto de precios con respecto al oro, de ahí que la búsqueda de este último resultase ventajosa. La investigación sobre el movimiento de los precios permite concluir que éstos bajaron entre 1450 y 1500, es decir que en la segunda mitad del siglo XV los hombres que disponían de oro compraban cada vez más mercancías. En estas cir-

3 Parker, Geoffrey, "El surgimiento de las finanzas modernas en Europa", en Carlo Cipolla, *op. cit.*, p. 410.

4 Heers, Jacques, *Christophe Colomb*, París, Hachette, 1981, pp. 117 y siguientes.

cunstances era natural que existiese afán por encontrar oro⁵.

Las manipulaciones monetarias por parte de los monarcas pueden interpretarse como un testimonio de la escasez de oro. Se acuñaban monedas menos pesadas, con menos metal, pero con el mismo valor, o se mantenían las mismas piezas (el mismo peso y la misma ley) pero aumentando su valor nominal. Las prohibiciones que buscaban evitar las exportaciones de los metales preciosos de reinos y ciudades y las normas antisuntuarias son también evidencias del afán de los monarcas y de los gobiernos de las ciudades por controlar el mercado del oro y la plata. Las reglamentaciones que controlaban el lujo en el vestir respondían no sólo al deseo de respetar una cierta modestia cristiana, no obedecían únicamente a un cuidado de segregación social, sino que buscaban que el oro y la plata llegaran preferentemente a los talleres de acuñación más que a los orfebres y sastres tejedores de hermosos vestidos. En ocasiones se llegó a prohibir la fabricación de objetos de oro diferentes de cálices y copones⁶.

**Desde el siglo VIII d. C.
hasta el descubrimiento
de América, el oro del que
se servía Europa provenía
de una región africana que se
extendía desde el
Senegal hasta el Sudán.**

El desarrollo de nuevos instrumentos monetarios, letras de

cambio, moneda escritura, puede explicarse, en buena parte, como compensación de la escasez de oro.

Pero el oro había que buscarlo en tierras lejanas, en lugares a los cuales era difícil llegar.

Desde el siglo VIII d. C. hasta el descubrimiento de América, el oro del que se servía Europa provenía de una región africana que se extendía desde el Senegal hasta el Sudán. Llegar allá era una obsesión para los aventureros cristianos de finales de la Edad Media, excitados por la leyenda acerca de las inmensas riquezas que allí se encontraban. A mediados del siglo XV el portugués Diego Gomes se encargó de difundir en Europa la leyenda que hablaba del rey de Malí, conocido por los viajeros con el nombre de Mansa, Melí o Bous, príncipe fabuloso de quien se decía que poseía todas las minas y que delante de la puerta de su casa había una piedra de oro, nacida de la tierra, de un tamaño tal que veinte hombres no bastaban para moverla y a la cual el rey ataba su caballo. Esta versión contradice lo que se sabe de la producción de oro en aquel lugar: sólo se obtenía oro en polvo. La leyenda se conocía desde cuatro siglos antes en las narraciones y tratados históricos de los sabios árabes. La El Bekri en 1068 e Idrisi en 1154 hablaron de un gran bloque de oro de treinta libras de peso, al que se le había hecho un agujero que servía para atar el caballo del rey. Ibn Kaldun, en 1400, lamentaba no haber visto la piedra porque el sultán de Malí, quien reinó entre 1359 y 1374, la había vendido a un egipcio. La tradición oral fue difundiendo la leyenda entre los cristianos. Los viajeros y descubridores prefirieron seguir la fábula que rendirse a la verdad de los hechos.

El oro africano, que los árabes denominaban *tiber*, de donde viene el nombre en Europa de *auri tibe-ri*, era conducido por los mercaderes y las caravanas musulmanas hacia el norte de África, a Marruecos, Tlemecén, Túnez, El Cairo y un poco más al sur hacia Ta-rudante y Sidjümesa. En estos lugares se entraba en contacto con las mercancías europeas.

A cambio de oro, los musulmanes ofrecían a las poblaciones mineras africanas sal de las minas de Tagaza y Tafilate (en el Sahara), lingotes de cobre de las minas de Thakadaen en el Sáhara central, vajillas de cobre fabricadas en Valencia y Mallorca con el mineral producido en Cartagena, en Génova y en Turquía; telas de Europa; perlas de vidrio de Tiro, de Sidón y de Venecia.

5 Pierre, Vilar, *Oro y moneda en la historia*, Barcelona, Editorial Ariel, 1981, pp. 49 y 59-60.

6 Heers, Jacques, *op. cit.*, pp. 121-122.

De los hombres de negocios, los portugueses, los castellanos y los genoveses eran los que estaban en mayor contacto con el norte de África y por tanto los más interesados en llegar directamente al oro tiberi.

Se ha llegado a plantear que la agricultura fue la motivación fundamental de la colonización portuguesa en las islas del Atlántico.

Fueron precisamente los genoveses los primeros en organizar expediciones en búsqueda de las tierras del oro en polvo. Se trataba de operaciones comerciales, lo que no excluía las de corso y las aventuras militares. En 1291 los hermanos Vivaldi, dos siglos antes del viaje de Vasco de Gama, intentaron el periplo de África, pasaron el estrecho de Gibraltar, siguieron por la costa occidental de África y se perdieron más allá del cabo Juby. Los navegantes enviados a buscarlos por el capitalista que había financiado el viaje, Tedisio D'Oria, descubrieron las islas Canarias.

Hacia la segunda mitad del siglo XV se reiniciaron las expediciones, después de una larga interrupción, debida, según Pierre Vilar, a que el oro había adquirido valores más normales en relación con la plata y también a que la actividad expansionista europea había disminuido a raíz de la crisis del siglo XIV⁷. En 1447 el genovés Antonio Malfante llegó a

Tlemecén; de ahí partió a Sidjil-mesa y a Tuat, lugar éste de encuentro de las caravanas musulmanas. Desde Tuat, Malfante envió una carta a sus socios comerciales en Génova, en la que confesaba que no había encontrado ni el oro ni los países de los negros; afirmaba, sin embargo, su determinación de avanzar, seguro de encontrarse en la ruta correcta. Se desconoce cuál fue el resultado final de la aventura de Malfante.

El humanista, diplomático y viajero Benedetto Dei afirmó haber llegado a Tomboctou (capital de Malí) en 1470. Los genoveses emprendieron travesías alrededor de las costas de África. En 1455 Antonio Usó Jimari llegó a Gambia; en 1460 Antonio di Noli visitó Cabo Verde.

c. Trigo, azúcar. La esclavitud

La historia de las expediciones a las islas atlánticas y a las costas de África tuvo que ver con el trigo, el azúcar y el pescado. Se ha llegado a plantear que la agricultura fue la motivación fundamental de la colonización portuguesa en las islas del Atlántico⁸. La obtención de trigo impulsó a los portugueses en sus avances en el norte de África. "Portugal —escribe Pierre Chaunu— estaba falto de trigo: un año de cada tres, por término medio. Dependía cada vez más de los aportes de los trigos de Marruecos .

Desde el siglo XII, los cristianos europeos cultivaban azúcar en Chipre, Sicilia y en otras colo-

nias italianas del Mediterráneo Oriental. El azúcar era un producto que agotaba rápidamente el suelo, lo que hacía necesarias nuevas tierras para la expansión del cultivo. En los comienzos del siglo XV un genovés, Giovanni de la Padua, obtuvo del rey de Portugal una licencia para plantar caña en el Algarve. El cultivo se extendió a las recién descubiertas islas Azores y Madera, con el apoyo técnico y financiero de los portugueses; de ahí el azúcar se exportaba a lugares tan lejanos como Flandes y Constantinopla.

Con el azúcar vino la esclavitud. El capturar esclavos llegó a ser una obsesión para los viajeros a África.

La esclavitud no había desaparecido del todo durante la Edad Media. Especialmente en el sur de Europa, Italia, Provenza, Cataluña, las islas Baleares, Portugal, e incluso Andalucía, los esclavos eran empleados en las casas aristocráticas. Aun los clérigos, los hombres de iglesia y los conventos poseían para su servicio por lo menos dos o tres esclavos. Se trata de una esclavitud básicamente doméstica. Los esclavos servían en las faenas de la casa, en el cuidado de los niños, en la compañía de las mujeres que a menudo aportaban una esclava como dote. Una proporción alta de esclavos eran mujeres. En su mayor parte eran jóvenes y de raza blanca, tártaras, caucásicas, búlgaras, serbias. Las fuentes de aprovisionamiento eran varias: las guerras de reconquista y de cruzada cristiana, la piratería a lo largo del Mediterráneo, y después de 1400

7 Vilar, Pierre, *op. cit.*, pp. 63-64.

8 Godhino, V. M., "Création et dynamisme économique du monde atlantique (1420-1670)", en *Annales, Economies, Sociétés, Civilisations*, enero-marzo, 1950.

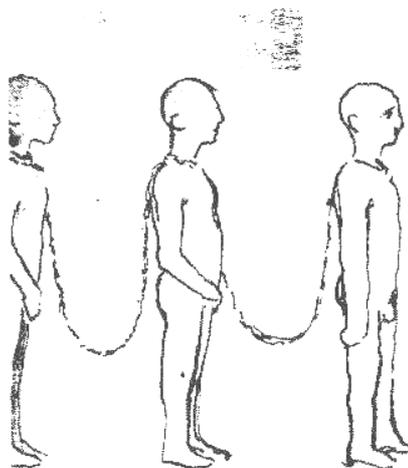
9 Chaunu, Pierre, *La expansión europea*, Barcelona, Editorial Labor, colección Nueva Clío, 1972, p. 56.

en mayor escala el comercio procedente de las plazas italianas del mar Negro y del Egeo. La isla de Kíos (en el Egeo) y Cnadia (en Creta) eran los más conocidos mercados de esclavos. Los musulmanes participaban en el tráfico. Ellos traían al Maghreb, además de oro, esclavos que capturaban o compraban a los jefes de los reinos y tribus africanos, para venderlos luego a los europeos. En 1324 el rey de Malí, convertido al Islam, se dirigía en peregrinaje a la Meca y pasó por El Cairo, acompañado de 500 esclavos, cada uno de los cuales llevaba una caña con un pomo de oro puro de tres kilos de peso; la caravana llevaba además 80 sacos de oro en polvo, es decir, cerca de tres toneladas en total.

En el momento de los descubrimientos ya existía un tráfico de esclavos que llevaba por lo menos cuatro siglos de duración.

Después de la segunda mitad del siglo XV aumentó la demanda de mano de obra esclava, debido, en primer lugar, a que el avance turco cerró a los genoveses sus fuentes de aprovisionamiento, y en segundo lugar al aumento del cultivo de caña. Los portugueses y los castellanos se encontraron entonces en una situación ventajosa con respecto a los italianos, aquéllos podían obtener esclavos en las islas del Atlántico y en el África.

Ahora bien, esta esclavitud, por su origen y por su función económica, era diferente de la italiana medieval. Los esclavos vivían ahora lejos de la ciudad y apartados de las familias de sus amos; las mujeres eran menos numero-



sas. Eran en su mayoría africanos y se dedicaban al cultivo de la caña. Los esclavos capturados se intercambiaban por oro en polvo o por productos llevados de Europa: baratijas, tejidos, caballos. Antonio di Noli aceptó haber recibido seis esclavos por un caballo; los portugueses acostumbraban recibir quince esclavos por un caballo. Era un comercio que se resolvía en una especie de trueque, sin intervención monetaria y en el cual el hombre adulto, la cabeza, se convirtió en la unidad de valor de los productos ofrecidos a cambio. El mismo Di Noli, quien llevó a Guinea la caña de azúcar, obtuvo del rey de Portugal una autorización para practicar a gran escala la trata de negros. A Lisboa y a otras ciudades portuguesas llegaban numerosos esclavos que eran vendidos y destinados a los grandes dominios territoriales y algunos de ellos al servicio doméstico. La cantidad de esclavos que llegaba a Portugal preocupó a algunos moralistas de

la época. Veían con asombro que se pudieran alterar las costumbres por obra de quienes criaban esclavos como criar palomas, sin preocuparse por el desenfreno de las esclavas jóvenes. Para algunos de esos moralistas la presencia de negros en Portugal era una amenaza contra la moral pública.

En conclusión, el Portugal de los años ochenta del siglo XV era ya un país con una fuerte tradición esclavista¹⁰.

La actividad pesquera en las costas de Portugal y Andalucía estimuló las travesías lejos de las costas. Existen indicios que hacen pensar que los pescadores andaluces visitaron las islas Canarias desde finales del siglo XIV. Una de las razones de los viajes a las costas de África era la de ampliar las bases de pesca. En 1449 el rey Juan de Castilla otorgó una concesión pesquera en el Cabo Boja-dor al duque de Medinasidonia. Desde aquellos años las carabelas andaluzas visitaban las costas de Guinea en competencia con las naves portuguesas. Los marinos fueron aprendiendo que las rutas del Atlántico ofrecían rendimientos más preciados que la pesca. Sobresalían los marinos de Palos, quienes eran buenos conocedores del mar de Guinea y lo habían navegado por más tiempo. No debe resultar extraño, por tanto, que Cristóbal Colón se dirigiese precisamente a Palos en busca de tripulación y de buques para su viaje de descubrimiento¹¹.

Otra necesidad europea era la madera. Esta fue escaseando debido a la tala de bosques para proveer las minas y las fundiciones. La escasez era notoria en el

¹⁰ Estas consideraciones sobre la esclavitud en el siglo XV provienen de Heers, Jacques, *op. cit.*, pp. 108 y siguientes.

¹¹ Céspedes del Castillo, G., "Las Indias en tiempos de los Reyes Católicos", en *Historia Social y Económica de España y América*, T. II, Barcelona, Editorial Vicens Vives, 1974, pp. 434-435.

caso del roble y de la encina, indispensable ésta para la construcción de la quilla de las naves. Refiriéndose a la región italiana, Fernand Braudel habla de "sede de madera"; los marinos mediterráneos, agrega, habían adquirido gradualmente el hábito de ir a buscar lejos lo que no podían encontrar en sus propios bosques¹². El primer comercio importante en la isla de Ma-deira fue la exportación a Portugal de madera de buena calidad para muebles y vigas de casas¹³.

d. Expansión, burguesía, nobleza y Estado absolutista

Los viajes del descubrimiento respondían a los intereses de la burguesía puesto que era la oportunidad de ampliar sus

mercados y de encontrar rutas y centros de aprovisionamiento. Las clases nobles, por su parte, estaban también interesadas en la expansión. Se trataba de una oportunidad de aumentar sus tierras y con ello sus ingresos. Mientras los nobles de otros países podían realizar la expansión en territorios cercanos a su origen, utilizando caballos en vez de barcos, en Portugal, debido a su geografía, no había otra opción que la de ultramar. La escasez de tierras era apremiante en el caso de los hijos menores de la nobleza, los segundones que sufrían la "amenaza de des-clasamiento"¹⁴.

Los viajes del descubrimiento respondían a los intereses de la burguesía puesto que era la oportunidad de ampliar sus mercados y de encontrar rutas y centros de aprovisionamiento.

La conquista de América fue para algunos de los que en ella participaron una continuación de la reconquista medieval, en el sentido de una aventura militar que proveía el enriquecimiento mediante el botín y la ocupación de tierras. Los primeros conquistadores encontraron en América la oportunidad de llegar a ser nobles; buscaban obtener al menos un título de hidalguía. El hidal-

go pertenecía a la parte inferior de la pirámide social noble, pero, así no fuese muy rico, disfrutaba de los privilegios de la nobleza.

El hidalgo era un hombre que vivía para la guerra, que podía realizar lo imposible gracias a un gran valor físico, que regía sus relaciones con los demás de acuerdo con un estricto código de honor y que reservaba sus respetos para el hombre que había ganado riquezas por la fuerza de las armas y no con el ejercicio de un trabajo manual¹⁵.

Hablando de Portugal, Pierre Chaunu distingue dos tipos de expansión: una fundamentalmente terrestre, realizada por la nobleza y de la cual son ejemplos la captura de Ceuta en 1415 y la ocupación de Marruecos que tuvo como móvil la búsqueda de tierras como prolongación de conquista. La otra, esencialmente mercantil, fue obra de la burguesía, a lo largo de la costa de África¹⁶.

La conquista de América fue para algunos de los que en ella participaron una continuación de la reconquista medieval, en el sentido de una aventura militar que proveía el enriquecimiento mediante el botín y la ocupación de tierras.

Los portugueses primero y luego los castellanos abrieron el camino hacia la conquista de ultra-

¹² Braudel, Fernand, *El Mediterráneo, y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, Vol. I, p. 187.

¹³ Parry, John, *Europa y la expansión del mundo*, p. 60.

¹⁴ Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía mundial europea*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1979, p. 67.

¹⁵ EUIot, John, *Imperial Spain*, Londres, Penguin Books, 1963, p. 32.

¹⁶ Chaunu, Pierre, *op. cit.*, p. 61

mar que los llevó a las islas de las especias en el Indico y al descubrimiento de un nuevo continente. Unos y otros disponían de una ventajosa situación geográfica

La aparente contradicción del estado absolutista consistía en que era un aparato para la protección de la propiedad terrateniente y de sus privilegios y al mismo tiempo los medios de que se valía para ejercer esa protección podían asegurar los intereses de la clase mercantil.

fica como era el estar situados en la encrucijada entre el Mediterráneo y el Atlántico, en las cercanías de África. En las costas del sur de Portugal y de Castilla las corrientes oceánicas eran las más favorables como para emprender una travesía por el Atlántico en las condiciones técnicas de aquella época. A este propósito, escribe Pierre Chaunu:

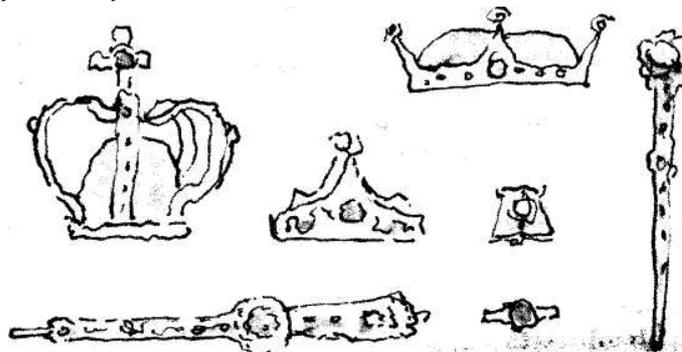
No existe en todo el Atlántico norte un lugar más idealmente adecuado para la navegación hacia las aguas cálidas que la línea costera que va desde el norte de Lisboa a Gibraltar o posiblemente desde Lisboa al extremo de Marruecos. Solamente allí se pueden encontrar alternativamente un viento seguro para salir de la costa al mar, en pleno corazón del océano, en el punto más bajo de los vientos alisios, en el momento del solsticio de verano, y un viento para volver,

al contraflujo de las latitudes medias desde el otoño hasta principios de la primavera¹⁷

Los dos reinos ibéricos eran, junto con las ciudades italianas, las regiones de Europa en las que se había alcanzado un mayor desarrollo de la economía monetaria, debido en buena medida a la cercanía con la región islámica y a que su población estaba relativamente más urbanizada. De ahí que en el sur se sintiese con mayor presión la escasez de oro y plata.

La ventaja de Portugal y Castilla sobre las ciudades italianas era de carácter político. En Italia no hubo la consolidación de la monarquía absolutista. Y fueron precisamente los monarcas los encargados de liderar la expansión descubridora, de otorgar los privilegios y las facilidades para tal empresa; de la monarquía provenía la legitimidad de la ocupación de los nuevos territorios.

En el Estado absolutista el monarca reclama y busca ejercer la soberanía



en un amplio territorio. Forman parte de las atribuciones de la soberanía: la potestad de hacer leyes, la administración de la justicia, el nombramiento de funcionarios, un

ejército propio y permanente, la facultad de declarar la guerra a otros Estados y establecer pactos con ellos, el poder percibir impuestos y emitir moneda, el control sobre aquellos poderes que reclaman autonomía: las ciudades y la iglesia. La existencia de una cierta entidad territorial fue circunstancia que acompañó la formación del Estado absolutista y que resultó de la ampliación del mercado interno y de la configuración de algunos hechos propios de una cultura nacional, lengua, religión, tradición histórica común. En este sentido, la monarquía absolutista representó un primer paso hacia la constitución del Estado-nación. Las monarquías absolutistas representaban fundamentalmente los intereses de la clase noble. La abolición generalizada de la servidumbre y la conmutación de las rentas en trabajo y en especie por rentas en dinero, hechos ocurridos a finales de la Edad

Media, amenazaban el control que los señores ejercían sobre sus campesinos dependientes. Ante

esta situación, la nobleza reorganizó su aparato de coerción reforzando el poder del rey. Frente a su otro antagonista, la clase mercantil, la monarquía la

17 Chaunu, Pierre, Séville et l'Atlantique, Paris, I, p. 52.

utilizó para sus fines, aprovechándose del crecimiento comercial. La aparente contradicción del Estado absolutista consistía en que era un aparato para la protección de la propiedad terrateniente y de sus privilegios y al mismo tiempo los medios de que se valía para ejercer esa protección podían asegurar los intereses de la clase mercantil. Hubo una coincidencia temporal entre los intereses de la nobleza y los de la burguesía¹⁸.

Las monarquías facilitaron y apoyaron las empresas de conquista. La coincidencia de intereses se debía a que buena parte de las actividades de la burguesía mercantil no implicaba una ruptura radical con el orden agrario feudal. Tal era el caso de la especulación comercial a partir de productos valiosos que ponían "en relación puntos del globo en los que las condiciones de producción eran completamente distintas"¹⁹. Se trataba del "comercio intermediario" (*carrying trade*), en el cual la principal ganancia no se obtiene mediante la exportación de productos del propio país, sino sirviendo de vehículo al cambio de productos de comunidades poco desarrolladas comercialmente²⁰. Por otra parte, como lo ha explicado Maurice Dobb, la burguesía mercantil de la temprana edad moderna, cuyas ganancias no provenían ni del trabajo de los siervos ni de la explotación de un proletariado dependiente, debió su éxito en buena parte a la explotación de una ventaja política, al pillaje disimulado y a la adquisi-

ción de derechos monopólicos que "la protegieran de la competencia y contribuyeran a volcar en su favor los términos de intercambio"²¹. Precisamente en esto consistía la función de la monarquía: otorgar la necesaria protección a los comerciantes y exploradores a su servicio y defenderlos de los competidores al servicio de otros monarcas.



2. MOTIVACIONES ESPIRITUALES

Los intereses materiales de que se ha venido hablando para explicar la expansión europea del siglo XV estuvieron acompañados de preocupaciones espirituales expresadas en un afán evangelizador y en la intención de atacar al infiel musulmán. Du-

rante la Edad Media en la península ibérica las luchas de avance territorial habían sido llevadas a cabo contra los musulmanes, esto es, se habían definido en términos religiosos. En el siglo XV el avance de los turcos otomanos venía amenazando a la cristiandad, de tal manera que la expansión atlántica bien puede ser considerada como una reacción contra este hecho. "Sin duda — concluye Immanuel Wallerstein— las pasiones de la cristiandad explican muchas de las decisiones particulares tomadas por los portugueses y los españoles, tal vez en parte la intensidad del compromiso o el exceso de compromiso"²².

a. El miedo al infiel. La amenaza turca

Las comunidades cristianas establecidas por los franciscanos y dominicos en la lejana China, en las tierras del gran Khan, venían en decadencia. Desde la segunda mitad del siglo XV, una tras otra fueron desapareciendo.

Después de 1404, el arzobispado de Khanbalik (fundado a comienzos del XIV) no dio signo alguno de vida. Se perdió la pista de las fraternidades que un viajero había encontrado en el país calmuco hacia 1400. Las montañas del Cáucaso protegieron durante más tiempo a los grupos cherkeses cristianos, a los que se refiere todavía un documento de 1486: último resplandor de una llama vacilante²³.

18 Esta interpretación del significado del estado absolutista con respecto al capital mercantil es de Anderson, Perry, *The Lineages of the Absolute State*, London, Verso Edition, 1979, pp. 40 y siguientes.

19 Vilar, Pierre, La transición del feudalismo al capitalismo, *El feudalismo*, Madrid, Editorial Ayuso, 1975, p. 64.

20 Marx, Carlos, *El Capital*, México, Fondo de Cultura Económica, Vol. II, p. 318.

21 Dobb, Maurice, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1974, p. 115.

22 Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial*, p. 69.

23 Rapp, Francis, *La Iglesia y la vida religiosa en Occidente a fines de la Edad Media*, Barcelona, Editorial Labor, colección Nueva Clío, 1973, p. 120.

No es extraño, pues, que entre los propósitos de los expedicionarios estuviese el llevar apoyo a esos grupos y difundir el mensaje cristiano. La leyenda del preste Juan, de la que se va a hablar más adelante, era una manera de expresar el afán misionero, presente en las concesiones que los papas hacían a los monarcas. El papa Nicolás V (1447-1455) concedió a Portugal las adquisiciones territoriales en las regiones que explorase con el cometido de difundir la fe. Era la prefiguración del patronato que más tarde, a partir del siglo XVI, "debía poner en manos de los reinos ibéricos la tarea de implantar y organizar la Iglesia en sus imperios"²⁴.

La caída de Constantinopla (1453) acrecentó el temor de los dirigentes de la Iglesia que veían en estos avances turcos una seria amenaza contra la cristiandad. El humanista Aeneas Sylvius Piccolomini, futuro papa Pío II, se expresó en los siguientes términos:

En el pasado habíamos sido heridos en Asia y en África, es decir en unos países extranjeros. Pero ahora hemos sido golpeados en Europa, en nuestra propia patria. Se podrá objetar que en otras ocasiones los turcos pasaron de Asia a Grecia, y los mongoles se establecieron en Europa, y los árabes ocuparon una parte de España después de haber pasado el estrecho de Gibraltar. Pero nunca antes habíamos perdido una ciudad o un lugar comparable a Constantinopla²⁵.

Hay que reconocer que este temor no era sentido ni compartido por

toda la cristiandad europea. Son numerosos los ejemplos de inasistencia a las naciones amenazadas. La idea de que la guerra no era la única forma de relación con

La caída de Constantinopla acrecentó el temor de los dirigentes de la Iglesia que veían en estos avances turcos una seria amenaza contra la cristiandad.

el infiel ya se había planteado desde el siglo XIII. En 1219 Francisco de Asís intentó negociar un acuerdo entre los cristianos que asediaban Amietta y el sultán musulmán. En 1220 un grupo de frailes partió hacia Marruecos en labor misionera y el dominico Jordán de Sajonia organizó misiones en Oriente. Uno de los objetivos de la *Summa contra gentiles* de Tomás de Aquino era refutar los argumentos de los filósofos árabes, Ilamón Lull, eminente intelectual mallorquí, sugirió a varios obispos la conveniencia de crear en las universidades cursos de siríaco, árabe y hebreo, propuesta que finalmente quedó en letra muerta. En el siglo XV la idea de guerra santa fue perdiendo prestigio en algunos círculos de intelectuales. Wladimiro, un profesor polaco, planteó en el concilio de Constanza que para defender una causa justa un gobernante cristiano podía solicitar el apoyo de un príncipe musulmán. Nicolás de Cusa reconocía que a Ma-

homa lo había animado una noble vocación, cual era la de lograr el tránsito del politeísmo al mono-teísmo²⁶. La expansión turca en los Balcanes, advierte Fernand Braudel, fue facilitada por el descontento social allí existente. "Una sociedad señorial, inexorable para el campesino, vióse sorprendida por el choque y acabó derrumbándose por sí sola. La conquista que marca el fin de los grandes terratenientes, señores absolutos en sus tierras, es también, desde ciertos puntos de vista, la liberación de los pobres"²⁷. Numerosos campesinos europeos migraron a tierras de los turcos, allí encontraron mejores condiciones como lo fueron las mutaciones de rentas en trabajo por rentas en dinero.

Fueron infructuosos los esfuerzos de los papas Calixto III (1455-1458), Pío II (1458-1464) y Sixto IV (1471-1474) para lograr una cruzada. El papa Pío II manifestó su preocupación:

Dormimos un sueño profundo. Hacemos la guerra entre nosotros y dejamos libres a los turcos para que hagan lo que quieren. Por los motivos más vanos, los cristianos recurren a las armas y libran entre ellos sangrientas batallas; mas cuando se trata de combatir a los turcos que lanzan blasfemias a la faz de nuestro Dios, que destruyen nuestras iglesias, que desean nada menos que aniquilar el nombre cristiano, entonces sólo quieren lavarse las manos. En verdad los cristianos se han dividido y se han convertido en servidores inútiles²⁸.

Los llamados papales a una cruzada se hicieron más vehementes

24 *Ibid.*, p. 122.

25 Citado por Delumeau, Jean, *op. cit.*, p. 346.

26 Citado por Delumeau, Jean, *La peur en Occident*, París, Pluriel, 1978, p. 343.

27 Rapp, Francis, *op. cit.*, p. 126.

28 Braudel, Fernand, *El Mediterráneo*, Vol. II, p. 15.

ante la inercia de los reyes cristianos. La idea de cruzada ya no alentaba a las multitudes como había ocurrido en otras épocas. Pero la iglesia no desmayaba. A mediados del siglo XV el papa Calixto ordenó a todos los cristianos que recitasen todos los días el *an-*

el reino de Granada y se cumplían finalmente las esperanzas de tantos siglos, era natural que los castellanos se creyesen depositarios de la santa misión de salvar y redimir al mundo, amenazado por el nuevo avance del Islam por el Este.²⁹

transformando en un principado temporal que trataba con las otras potencias católicas como soberano italiano y subordinaba así lo que podrían ser las exigencias de la Iglesia a la afirmación de su propio poder secular.

El debilitamiento del poder papal es uno de los hechos sobresalientes de finales de la Edad Media.

gelus para implorar al cielo contra la amenaza turca. En 1463 Pío II despachó predicadores a toda Europa con el fin de remover el ánimo de las multitudes.

En España sí hubo respuesta a las exhortaciones papales. En 1455 el rey Enrique IV de Castilla reanudó la reconquista, empresa felizmente culminada en 1492 con la rendición de Granada, último reducto musulmán en la península ibérica. En febrero de 1502 una pragmática real ordenaba la expulsión de todos los moros adultos no convertidos al cristianismo. La reina Isabel y el cardenal Jiménez de Cisneros fueron los campeones de este nuevo espíritu de cruzada. John Elliot escribe refiriéndose a los Reyes Católicos:

Gobernaban un país cuya sensibilidad religiosa se había visto agudizada casi hasta un estado febril por las milagrosas realizaciones de los últimos años. Al ver cómo se derrumbaba ante ellos

b. Intolerancia religiosa. Apoyo monárquico

Europa en la época de la expansión vivía un clima de intolerancia contra las manifestaciones religiosas no cristianas, propiciado por teólogos y escritores católicos. Las amenazas que la Iglesia venía enfrentando y su propia crisis fueron interpretadas como parte de un vasto complot de Satanás con la finalidad de hacer triunfar el mal sobre el bien.

El debilitamiento del poder papal es uno de los hechos sobresalientes de finales de la Edad Media. Los antecedentes hay que buscarlos en el llamado Cautiverio de Avignon (1317-1318), cuando la sede se trasladó a Avignon y el papa se convirtió en una especie de funcionario al servicio de los intereses políticos y personales de la monarquía francesa. La crisis de prestigio se prolongó con el Cisma de Occidente de 1378 a 1417, cuando la cristiandad soportó varios papas a la vez. A pesar de que el concilio de Constanza (1414-1417) logró la reunificación formal de la Iglesia, "ya era demasiado tarde para rescatar la autoridad universal que antaño había ejercido la Iglesia"³⁰. En el siglo XV el papado se estaba

El poder monárquico de la corte romana, anota un historiador italiano, es de un carácter un tanto singular. No se transmite de padre a hijo, pero se acumula en los miembros de la familia — sobre todo en los sobrinos— cuyo jefe es elevado al solio de Pedro. Esta tendencia es evidente a partir de Calixto III (Alfonso Borgia 1455-1458), de modo que en un período de no muchos decenios se suceden en la máxima jerarquía por dos veces, los miembros del mismo grupo familiar: Borgia, Della Rovere, Piccolomini y Médici; en seguida vendrán los Farnese y los Carraffa³¹.

El poder universal que reclamaban los papas, en realidad, no pasó de ser nominal. Se estaba reduciendo a un principado italiano más. La reputación de corruptos³² hacía que se fuera perdiendo la confianza en los papas. Se plantearon dudas acerca del origen divino de la autoridad papal y acerca de los medios que la Iglesia proponía para obtener la salvación. John Wicleff (1324-1384), en Inglaterra, al no admitir los sacramentos negaba la iglesia jerárquica. Para él los sacerdotes sólo son los dispensadores de la palabra; la Biblia debe remplazar al derecho canónico. Juan Huss (1370-1414), en Bohemia, negaba que el papado fuese una institución de origen divino. Huss murió en la hogue-

29 Elliot, John, *Imperial Spain*, pp. 105-106.

30 Kahler, Eric, *Los alemanes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, p. 166.

31 Ruggiero, Romano, *Fundamentos del mundo moderno*.

32 Aunque exagerada, hay algo de verdad en la siguiente afirmación de Eric Kahler: "No hubo crimen, no hubo abuso, no hubo libertinaje que no practicaran los brillantes pero inescrupulosos papas de esa época. Inocencio VIII se ganó el mote de 'padre de Roma' por la cantidad de hijos que engendró.

ra; sus seguidores, después de una tenaz lucha contra las cruzadas encabezadas por el Papa y el emperador alemán, lograron que el concilio de Basilea (1436) otorgase la comunión bajo las dos especies, lo que era "una victoria limitada, pero auténtica del sacerdocio universal"³³. Un tamborilero, Juan Böhm, en Niklahausen, Franconia, amotinó a los campesinos contra los clérigos (1476). Como concluye Francis Rapp, "la paz de que gozaba la Iglesia a finales de la Edad Media era precaria y su autoridad frágil. Incluso desarticulada, la revolución de Bohemia —hussita— había mostrado cuan potente podía resultar un movimiento herético"³⁴.

A lo dicho sobre la crisis de la Iglesia, se puede agregar el creciente espíritu de angustia religiosa que se había formado como consecuencia de las calamidades que hubo en Europa en los dos últimos siglos de la Edad Media: la peste de 1348, que diezmó en un tercio la población; la Guerra de los Cien Años que enfrentó, entre 1337 y 1453, a las monarquías francesa e inglesa; las frecuentes hambrunas; la continua rebelión en campos y ciudades. Los teólogos y predicadores se encargaron de presentar la situación como resultado del pecado, obra del anticristo, de anunciar la inminencia del fin del mundo, de suscitar un pavoroso temor a la muerte, de intensifi-

car el culto a la Virgen, a la pasión de Cristo y a los santos. El viernes santo, escribe Pierre Chaunu, era entonces de lejos la fiesta más importante del calendario cristiano³⁵. Jerónimo Savonarola anunciaba en sus vehementes prédicas la llegada del anticristo. En el siglo XIV apareció la palabra macabro y en el XV se multiplicaron las danzas macabras. "Nunca antes como en el siglo XV se divulgó tanto el culto a los santos: sus reliquias eran objeto de disputas; fueron los protectores de innumerables cofradías y se multiplicaron sus imágenes consideradas casi como talismanes"³⁶.

Fue en este contexto religioso en el que se elaboró una nueva imagen de Satanás. Era representado como el maestro de la maldad, el príncipe de este mundo, dispuesto a triunfar sobre la cristiandad descarriada.

El surgimiento de la modernidad estuvo acompañado de un increíble temor al demonio. El Renacimiento heredó seguramente conceptos e imágenes demoníacas que se habían formado y multiplicado a lo largo de la Edad Media. Pero le dio una coherencia y una difusión no alcanzadas hasta entonces .

Satanás dejó de ser un tentador rebelde para transformarse en la manifestación del espíritu del mal: inmanente, poderoso, abordable y deseoso de ayudar a la humanidad para servir a sus

propios fines. La tolerancia que la iglesia primitiva mostrara para con el diablo desapareció. Ahora era el enemigo y no el alborotador temporal³⁸.

La imprenta, inventada a mediados del siglo XV, contribuyó a la difusión de la nueva imagen de Satanás. A los libros especializados en el tema hay que agregar los folletos, las hojas volantes repartidas por buhoneros, magos y exorcistas ambulantes. Los relatos de crímenes y atrocidades que en ellos se escribían tenían como finalidad poner en guardia a las personas contra las trampas del demonio³⁹.

Hubo una representación más severa de las penas del infierno, como lo ha mostrado Jerome Baschet en un estudio sobre Francia del siglo XIV. Lo imaginario penal retrocedió ante la necesidad de manifestar el inmenso poder de la justicia divina. En las representaciones retrocedieron los castigos que tenían lugar en paisajes imaginarios, en valles inmensamente fríos, en abismos, en puentes angostos; se dio mayor importancia a los suplicios realizados con cuchillos, horcas, ruedas, a las mutilaciones, a las torturas en estufas, en sartenes, en forjas, en ollas, lugares y objetos ligados con la vida cotidiana. Había que dejar en claro que no bastaba saber sobre los castigos; había que verlos, tenerlos cerca e

33 Delumeau, Jean, *La Reforma Protestante*, Barcelona, Editorial Labor, colección Nueva Clío, 1973, p. 17.

34 Rapp, Francis, *La Iglesia y la vida religiosa*, p. 157.

35 Chaunu, Pierre, *Le temps des reformes*, Bruselas, 1984, p. 205.

36 Delumeau, Jean, *op. cit.*, p. 8.

37 Delumeau, Jean, *La peur en Occident*, p. 304.

38 Quife, G. R., *Magia y maleficio. Las brujas y el fanatismo religioso*, Barcelona, Editorial Crítica, 1989, p. 68.

39 De los escritos en la época de los descubrimientos, sobresalen: *El Martillo de las Brujas*, del cual se hicieron al menos 34 ediciones entre 1486 y 1669, lo que significa 30.000 a 50.000 ejemplares puestos en circulación en Europa por los editores de Franckfurt y de las ciudades renanas (14 ediciones), de Lyon (11 ediciones), de Venecia y París (2 ediciones), de Nuremberg (4 ediciones); *La nave de los locos* (1494), obra en la cual el autor, de apellido Brant, hace una enérgica condena de la imprenta, a la cual califica de máquina satánica; *El tratado de las penas del infierno* (1492); *El calendario de los pastores* (1491), con un capítulo dedicado a los suplicios del infierno. Véase Delumeau, Jean, *La peur...*, *op. cit.*, pp. 314-315.

imaginar mejor lo que se habría de sufrir en el infierno⁴⁰.

Las prácticas mágicas y los rituales campesinos fueron satanizados. Para los campesinos el demonio no tenía el carácter tan trágico como el de la élite eclesiástica. El demonio campesino era una divinidad entre otras, que inclusive podía ser bienhechor. El diablo popular era menos temible de lo que aseguraba la Iglesia. Lo que ésta se proponía era precisamente hacer conocer a las clases populares que, como había afirmado San Agustín, no existen demonios buenos. Desenmascarar al demonio fue una de las empresas de la cultura dominante del siglo XV.

Los turcos, las brujas, los judíos, los herejes y los idólatras constituían los agentes de Satanás. A ellos había que derrotarlos o incorporarlos a las filas del cristianismo, aun por la fuerza.

Tal tarea se extendió a los territorios de ultramar. El descubrimiento de América permitió constatar que el imperio del demonio era mucho más vasto de lo que los occidentales se habían imaginado. Los misioneros y la mayoría de la élite católica adhirieron a la opinión del padre Acosta según la cual, después de la venida de Cristo y de la ex-

pansión de la verdadera religión por el viejo continente, Satanás se refugió en América donde tenía uno de sus bastiones. Las religiones indígenas eran, pues, obra del demonio. La idolatría, pecado contra la naturaleza, era calificada de diabólica. Sus creencias y prácticas rituales constituían desviaciones que por sí solas, según pensaba Sarmiento de Gamboa, eran razón suficiente para justificar la intervención y la soberanía de los reyes de España. En suma los misioneros cristianos habrán de trasladar a América su infierno de llamas en donde ellos colocaban a todos los indígenas que habían vivido en América antes de la llegada del cristianismo, tal como lo declaró en 1551 un concilio en Lima⁴¹.

De manera que los turcos, las brujas, los judíos, los herejes y los idólatras constituían, como los ha denominado Jean Delumeau, los agentes de Satanás. A ellos había que derrotarlos o incorporarlos a las filas del cristianismo, aun por la fuerza. Una enumeración de las medidas adoptadas por los monarcas, la Iglesia y los inquisidores en las postrimerías del siglo XV, sirve para ilustrar el clima de intolerancia en el momento del descubrimiento de América. En 1478 los Reyes Católicos obtuvieron del papa Sixto IV el permiso para fundar en el territorio español un tribunal de la inquisición con la finalidad de perseguir a los cristianos nuevos y que eran sospechosos de continuar con sus prácticas judías; el 5 de di-

ciembre de 1484 el papa Inocencio VIII, por medio de la bula *Summis desiderantes affectibus*, autorizó la persecución contra las brujas y exigió que se apoyase a los inquisidores; en 1486 dos dominicos, Heinrich Kramer y Jacob Sprenger, escribieron el más famoso y difundido manual de inquisidores: *El martillo de las brujas*; el 30 de marzo de 1492, menos de tres meses después de la toma de Granada y unas semanas antes de la firma de los acuerdos con Cristóbal Colón, los reyes firmaron el edicto de expulsión de los judíos.

La Iglesia contó, en el caso español, con el apoyo de los monarcas, stos encontraron en los programas de unidad religiosa un instrumento útil de consolidación de su poder. Los privilegios que tenía la Iglesia como poder universal eran un serio obstáculo a la afirmación de la soberanía territorial del absolutismo. Los reyes buscaron controlar el nombramiento de funcionarios eclesiásticos y hacer que la religión sirviera a sus intereses dinásticos. La inquisición dejó de ser un tribunal controlado por el papa, como en la Edad Media, para serlo por los soberanos, quienes nombraban a los inquisidores y les pagaban con dinero del fisco real. Los reyes exigían que las disposiciones emanadas de las cortes pontificias y de los concilios provinciales obtuviesen el pase regio antes de ser publicadas en sus dominios; lograron de los papas privilegios con los cuales extendieron el control religioso a las tierras recién con-

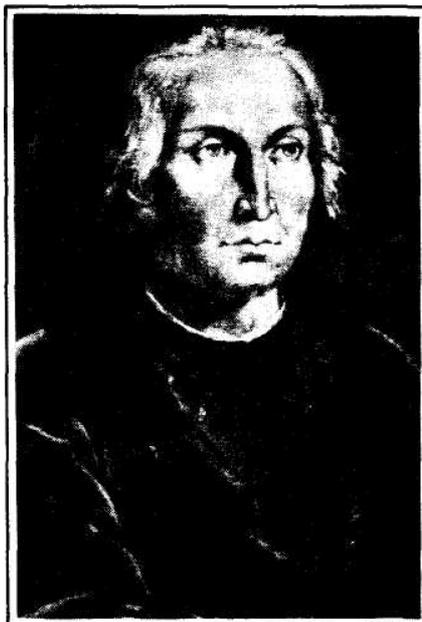
40 Baschet, Jerome, "Les conceptions de l'enfer en France au XVI siècle: imaginaire et pouvoir", en *Annales, économies, sociétés, civilisations*, enero-febrero, 1985, No. 1, pp. 185-207.

41 Las consideraciones acá expuestas sobre la actitud de la élite católica acerca del demonio popular y de las religiones indígenas, provienen de Delumeau, Jean, *La peur en Occident*, pp. 317-318, 332-333 y 336. Para lo referente a la relación entre prácticas mágicas campesinas y demonización, véase Muchembeld, Robert, "L'autre cote du miroir: mythes sataniques et réalités culturelles aux XVI et XVII siècles", *Annales, économies, sociétés, civilisations*, marzo-abril, 1985, pp. 288-303.

quistadas. Por una bula del 13 de diciembre de 1486, Inocencio VIII concedió a la Corona española el derecho de patronato y de presentación de todos los beneficios en el recién ocupado reino de Granada. Alejandro VI por la bula *Ínter Caetera* de 1493 les otorgó derechos exclusivos de evangelización en las tierras descubiertas por Colón. La Iglesia brindó también apoyo fiscal. Una bula de 1508 concedió a perpetuidad a la Corona todos los diezmos recaudados en las Indias. Las tercias reales, una de las fuentes de ingresos de la Corona, eran de origen eclesiástico y consistían en la tercera parte de todos los diezmos pagados a la Iglesia en Castilla. En 1494 Alejandro VI determinó que las tercias revirtieran para siempre a la Corona.

Colón, ambicioso, era a la vez un hombre religioso que se creía el mensajero de Dios, escogido por El para colaborar en la conversión de los infieles.

Los descubridores y aventureros del siglo XV solían mezclar sus argumentos materiales con los espirituales. El espíritu religioso y evangelizador no lo separaban de las otras esperanzas materiales; para ellos, "la distinción entre lo espiritual y lo material no era sentida de la misma manera que por nosotros, así como tampoco distinguían entre la observación científica y los rumores más fantásticos"⁴²



Un buen ejemplo de esta combinación de intereses es el caso de Cristóbal Colón. De él se ha dicho que estaba obsesionado por el oro. Pierre Vilar observa que las páginas del diario "entre el 12 de octubre de 1492, en que abordó las primeras islas, y el 17 de enero de 1493, en que emprendió el regreso, contienen por lo menos 65 pasajes relativos al oro"⁴³. Jacques Heers dice que Colón, como hombre de su tiempo y formado en una ciudad de financistas, padecía una fascinación por el oro, una pasión obsesiva que se manifestaba en todos sus actos, sus proyectos, sus iniciativas. Esta curiosidad se puede ver en las citas bíblicas que se encuentran en sus propios escritos y en las múltiples anotaciones sobre el margen de los libros. En la Biblia él retiene sobre todo aquellos pasajes en los que se describen los viajes del rey de Judá y aquellos viajes ordenados por Salomón en busca de oro.

Colón sabía, agrega Heers, de la fabulosa comarca de Ophir, país de minas que el mismo Colón, su hermano y sus amigos cartógrafos habían representado en el planisferio. Colón sabía de los viajes y las riquezas legendarias de la reina Saba. Colón cubrió de notas las páginas de su ejemplar del libro *Imago mundi*, escrito por Pierre D'Ailly, en el cual subrayó y comentó las líneas que hablaban de oro, plata y piedras preciosas⁴⁴.

Colón, ambicioso, era a la vez un hombre religioso que se creía el mensajero de Dios, escogido por El para colaborar en la conversión de los infieles. Creía que la conquista de las Indias occidentales y la conversión de los indígenas debían preparar la reconquista de Jerusalén y que el oro que iba a encontrar debía servir a ese fin. Así lo revela su diario cuando dice que espera encontrar oro y "en tanta cantidad, que los reyes antes de tres años emprendiesen y aderesasen para ir a conquistar la Casa Sancta que así dize él a Vuestras Altezas que toda la ganancia desta mi empresa se gastase en la conquista de Hierusalem, y Vuestras Altezas se rieron y dixeron que les plazía, y que sin esto tenían aquella gana"⁴⁵. Es difícil pensar, concluye Heers, que a Colón lo animase un total desinterés material y que el deseo de recuperación de Jerusalén estuviese presente desde el comienzo mismo de la maduración de sus proyectos o desde la llegada a Castilla. Pero sus ideas religiosas no eran simple artificio. Colón se creía de verdad misionero. Si hay que atenerse a los hechos, justo es reconocer que el oro de América, si bien no sirvió para la recupera-

42 Vilar, Pierre, *Oro y moneda en la historia*, p. 85.

43 *Ibid.*

44 Heers, Jacques, *Christophe Colomb*, p. 127.

45 Colón, Cristóbal, *Textos y documentos completos*, Madrid, Editorial Alianza, 1982, p. 101.

ción de los lugares santos, sí fue útil en la financiación de la lucha armada contra los turcos y berberiscos del norte de África⁴⁶.

El caso de las primeras expediciones portuguesas sirve también para ilustrar la combinación de los intereses materiales con las justificaciones de orden espiritual. El cronista Gomes Eanes de Azurara menciona las "siguientes razones que motivaron a Enrique el Navegante a apoyar las expediciones marítimas: el deseo de establecer lucrativos comercios nuevos e investigar la extensión del poder de los moros, convertir paganos al cristianismo y buscar alianzas con todo gobernante cristiano que pueda encontrarse"⁴⁷. Se pretendía "saber si había en aquellos lugares otros príncipes cristianos en quienes la caridad y el amor a Cristo estuvieran tan arraigados que quisieran ayudarlo contra el enemigo de la fe"⁴⁸. Seguramente el cronista se refería a las tierras en las que gobernaba el preste Juan.

La leyenda de los reinos del preste Juan había surgido en Europa hacia mediados del siglo XII. Se creía que un rey clérigo de nombre Juan residía en un reino en Oriente, más allá de Persia, pero que luego se había dirigido más al norte. Una crónica hablaba del preste como descendiente de los tres reyes magos. En su reino él ya había logrado victorias contra los infieles musulmanes. Hacia 1165 apareció el texto de una carta supuestamente escrita por el preste Juan, dirigida al emperador bizantino y al rey de Francia con la promesa de colaborarles

en la recuperación del santo sepulcro. No se ha llegado a saber quién escribió la carta; de ella han aparecido más de cien versiones en diferentes idiomas.

El caso de las primeras expediciones portuguesas sirve para ilustrar la combinación de los intereses materiales con las justificaciones de orden espiritual.

En la época del príncipe Enrique el Navegante, primera mitad del siglo XV, los dominios del legendario rey-sacerdote se habían trasladado del oriente a Etiopía. Los portugueses creyeron que se encontraban cerca de las tierras del preste Juan al arribar a la costa suroccidental de África. Esto fue lo que concluyeron al enterarse de que en los presentes que el rey de Benin solía enviar a otro rey llamado Oganin había grabadas pequeñas cruces. En 1493 Pero Covilha llegó a Etiopía, cumpliendo instrucciones del rey Juan para promover una alianza con el preste Juan.

Existían otros lugares construidos por la fantasía medieval, de los cuales se venía hablando durante varios siglos. Encontrarlos era uno de los objetivos de los viajeros y aventureros del siglo XV. El paraíso terrenal era uno de esos sitios. Cristóbal Colón creyó haberlo encontrado en su tercer viaje, a lo largo de las costas del golfo

de Paria, en la bahía formada por el río Orinoco.

Otro lugar era la isla de San Brendan. Brendan fue un monje irlandés muerto hacia el 580, evangelizador de una parte del norte de Inglaterra. De él se decía que había emprendido un viaje hacia Escocia y de ahí más allá del océano en peregrinación a tierras desconocidas. Finalmente habría llegado a una misteriosa isla que a lo largo de la Edad Media se llamó isla de Brendan. Esta fue una leyenda que se mantuvo viva en los países occidentales con vínculos oceánicos, islas británicas, Bretaña, norte de la península ibérica. La misma tradición fue adoptada y cultivada por los portugueses y por los colonos de las islas Canarias, Azores y Madera. Para ellos, Brendan fue una especie de viajero precursor. Más aún, la idea de que existía una isla previamente descubierta y situada en el Atlántico era un punto de apoyo a los planes de Colón, consistentes en llegar por vía occidental a los centros donde se conseguían las especias. En Portugal se creía que esta isla había sido redescubierta (entre el 600 y el 700) y colonizada por siete obispos, para luego caer en poder de grupos bárbaros. De ahí que el volver a encontrarla suponía una labor de reconquista cristiana. La existencia de una isla, y según otras versiones con siete ciudades, era algo en lo que creían no sólo los viajeros y marinos sino también los hombres de ciencia y los gobernantes.

En 1462 el rey Alfonso V de Portugal concedió a un caballero de

46 Heers, Jacques, *op. cit.*, pp. 570 y siguientes.

47 Citado por Parry, John, *Europa y la expansión del mundo*, p. 38.

48 Citado por Boorstin, Daniel, *Los descubridores*, Barcelona, Editorial Crítica, 1986, p. 174.

concesiones de los monarcas portugueses.

Entre los castellanos la idea de la isla de Brendan suscitó interés, especialmente después de los viajes de Colón. En 1526 Fernando de Troya y Francisco Al-varez emprendieron una expedición para encontrar la "isla de las siete ciudades". En 1570 varios testigos afirmaron bajo juramento haberla visitado. En 1590 Juan Abreu, en su obra *Historia de las siete islas de la Gran Canaria*, identificó la isla más lejana como la de San Bren-dan. El último viaje oficial para descubrirla se remonta a 1752. Ralph Morison, el gran biógrafo de Colón, anota cómo todavía en el siglo XIX las cartas marinas y los globos terrestres presentaban un océano Atlántico salpicado de islotes imaginarios⁴⁹.

su corte, llamado Joham Vogua-do, los derechos de justicia y de percepción de impuestos sobre las islas que él pudiera encontrar. El 12 de enero de 1473 el mismo soberano cedió la "isla de las siete ciudades" a su hija Brit-tes. El 12 de julio de 1486 Juan II de Portugal otorgó al flamenco Fernando van Olmen un pri-

vilegio para ir con dos caballeros a esclarecer el misterio de la isla de que tanto hablaban las leyendas. Van Olmen se asoció con un portugués, Joao Estreito, rico colono de Madera. Como concluye Jacques Heers, nada demuestra mejor la percepción del mito como una realidad que estas

49 Lo acá dicho sobre la isla perdida ha sido tomado de Heers, Jacques, *op. cit.*, pp. 136 y siguientes